



València 1 i 2 juliol 2005

**¿LA CONSOLA O EL LIBRO?
REFLEXIONES TRAS UNA VISITA GUIADA A LA EXPOSICION “EL
FUEGO BAJO LAS CENIZAS. DE PICASSO A BASQUIAT” EN EL
IVAM**

Paloma Estevan Estevan

Catedrática de Francés.

IES Districte Marítim. Valencia.

176sc@hispanista.com

Rechazando la interpretación conformista del llamado “arte de los niños” en los pintores del siglo XX, como Picasso, Basquiat, Torres García u otros presentes en la exposición y comentando precisamente uno de los cuadros de Jean Dubuffet, el profesor Pepe Romero, de la Facultad de Bellas Artes de Valencia, analiza la presentación en forma narrativa, lineal, de un cuadro de gran formato, distribuido en recuadros al estilo del “auca” o del cómic, ocupados bien por personajes esquematizados, por elementos geométricos repetitivos o simplemente decorativos y con un abundante y caótico colorido.

Los personajes, al aparecer rodeados por tal profusión de elementos diversos, evidencian nuestra propia situación de habitantes de la ciudad ruidosa, el bombardeo de miles de imágenes simultáneas que nos solicitan por todas partes y a las que nos acostumbramos de tal manera que, ante la imposibilidad de procesarlas una a una, nos vemos llevados a ignorarlas todas, tal y como nos van llegando.

El cuadro, nos sugiere el profesor Romero, evoca nuestras sesiones de “zapping”, en las que huimos de una imagen para caer en otra, que tampoco nos basta y que a su vez deja paso a otra y a otra, en una carrera sin meta.

Los personajes aparecen como una diana contra la que se disparan innumerables mensajes, tantos que resultaría imposible atenderlos todos.

El recogimiento necesario para la reflexión es impensable en un ambiente así, donde, en consecuencia, sólo el instante presente cuenta, la subsistencia individual y aislada, la resistencia del náufrago en la tempestad caótica de imágenes y ruidos, de tal modo que el humano se ve incapacitado para atender y aceptar un discurso integrado.

Y esa situación, el bombardeo mediático que disipa el pensamiento, lo fragmenta y hace imposible la concentración necesaria para recibir un discurso integrado y complejo me parece una explicación magnífica de la situación con la que los profesores nos encontramos en las aulas de cualquier nivel de enseñanza.

Tal como los adultos, los jóvenes se ven solicitados por innumerables requerimientos a la vez. Los mensajes les proponen sin cesar experiencias una y otra vez innovadoras y que, además, dejan obsoletas las anteriores. Ellos deben, pues, recorrerlas todas, o las más posibles, so pena de verse relegados a la marginación entre los suyos, a un estado de desconocimiento semejante a la estulticia, del que deben huir como el peor de los males.

Las nuevas tecnologías constituyen uno de los soportes a través del que tal bombardeo llega hasta nosotros.

Considerarlas culpables de los daños causados sería comparable a acusar a los fabricantes de agujas hipodérmicas de ser causantes del contagio de tantas terribles infecciones.

Y sin embargo se echa de menos quien ponga cota a la admiración “papanatas” del útil tecnológico.

La tecnología nos permite mejorar sin fin nuestro modo de vida. Es fuente de todo tipo de soluciones a nuestros problemas cotidianos. Pero lo es porque tras ella se encuentra el esfuerzo y la mente de quienes las diseñan y mejoran. No por sí misma. No es el último producto de la tecnología lo que debe atraernos perdidamente, sino la admirable capacidad de perfeccionamiento de los especialistas. Y esa capacidad de buscar más allá tras horas y horas de investigación y experimentos debería ser el proyecto hacia el que deberíamos encauzar a nuestros jóvenes. Y no hacia el simple uso del producto.

El desgraciado rey de Francia Luis XVI se dejó la cabeza en la guillotina. Durante muchos años se había dejado las horas desmontando y montando relojes en palacio, ocupándose del objeto y no de su sustrato científico, el de la máquina que apuntaba ya las nuevas posibilidades de lograr una vida mejor para los pueblos, lo que, a fin de cuentas debía haber constituido su único objetivo, por encima del mero resultado de su funcionamiento, de las simultáneas campanadas que le embelesaban.

La tecnología, las nuevas tecnologías, en su aspecto de evolución permanente, no deben ya constituir para el profesorado formado antes de su fulgurante despegue un objetivo inalcanzable, ni

para los jóvenes estudiantes un fascinante objetivo de consumo, de igual manera que los vertiginosos avances de la medicina y de la genética no exigen un frenesí de pasmado seguimiento a los pacientes, cualquiera de nosotros, que antes o después hemos de disfrutarlas. Y eso que a todos nos habrá de ir la vida en ellas.

Hemos de recibirlas y utilizarlas para abrir nuevos caminos al conocimiento, no para quedarnos perplejos ante sus destellos.

Lo mismo que se van abriendo los ojos de las gentes y surgen cada día nuevos movimientos contra abusos urbanísticos que antes se aceptaban como “modernos”, o que aparecen asociaciones para proteger ríos moribundos, jardines asediados por la especulación del suelo o bellísimos barrios modestos avistados por insaciables tiburones, ha de ser ya hora de que exijamos protección del espacio mental de jóvenes y adultos contra la avalancha de propuestas vacuas.

Acaba de legislarse sobre el abuso en la publicidad de productos alimenticios. Era necesario. Se sumergía a los niños en productos apadrinados por héroes televisivos y de ello resultaban criaturas hinchadas por una obesidad mórbida colectiva. Se proponía a quienes se preocupan por la alimentación sana una jerga absurda e inconexa de aditivos milagrosos para lograr un imposible cuerpo glorioso y se acababa fomentando obsesiones y anorexias.

Si se impide finalmente esos engaños, debe quedar a salvo la labor de quienes en el campo de la alimentación han logrado, para el conjunto de la sociedad, unos estándares de calidad muy superiores a los de tiempos pasados.

Del mismo modo se ha de encontrar la manera de ofrecer a los jóvenes un uso de la tecnología creativo y con proyección científica.

Habrà que ser consciente de la lucha que las familias han de llevar a cabo para alejar a sus niños, casi desde la cuna, de la adicción a las consolas a la que éstos se ven masivamente abocados, a la vez que desdeñan el libro, que queda relegado al papel de útil escolar.

El problema no puede seguir ignorado dentro del recinto doméstico.

La desprotección del espacio intelectual, por llamarlo de alguna manera, tanto del adulto como del joven o del niño, constituye sin duda una disfunción social que debe ser regulada como lo están siendo la información sobre la alimentación o los abusos contra el medio ambiente.

Quienes nos dedicamos a la docencia, cualquiera que sea el nivel en que trabajemos, debemos exigir la protección del espacio intelectual de nuestros alumnos, si queremos que puedan ser receptores de un discurso integrado, que no sean arrastrados y se disipen en una realidad virtual de ruido y caos donde matar puntúa, que no sean víctimas de la polución intelectual de un juego mil veces repetido.

Que se les induzca a jugar al aire libre y a crear sus propios juegos.

Que los especialistas en tecnología experimenten y avancen sin cesar es vital para todos.

Que nos acerquen sus logros y nos enseñen a aprovecharlos es imprescindible para luchar contra la desigualdad y el atraso. Pero no nos dejemos invadir por los tiburones revestidos de progreso, que no buscan más que lucrarse a costa de quien y de lo que sea, incluso a costa de las horas de juego y aprendizaje de los niños.